

MARRUECOS Y EL SAHARA ESPAÑOL

Concluida la conferencia de Rabat, en la que la OUA se mostró parca y prudente al mencionar al Sahara español, Hassan II, que había tenido que presentar a su pueblo una renuncia más a sus reivindicaciones de antaño—la de Tinduf—, se ocupó del Sahara español; nuestra prensa recogió sus declaraciones a la vez que las felicitaciones que desde España se le dirigieran por su designación protocolaria y automática como presidente en turno de la OUA.

El monarca, según el texto difundido, se expresó bajo notoria contradicción: que se organice el referéndum recomendado por la ONU—lo que España no ha rechazado nunca—, pero que no se cree un «Estado-tapón», que «amenazaría» a Marruecos y Mauritania, al Africa occidental (?) y a Canarias, «que están a un paso», según las palabras que se atribuyen al soberano. Mención inoportuna e impertinente; antaño los ingleses (fracasados en 1797 como conquistadores) mantenían un remedo fantasmal separatista, del que queda un «Comité» en Argel, que no maneja precisamente Marruecos, sino las fuerzas que siguen empeñadas en derribar el trono cherifiano. La verdad es que un Sahara saharauí no amenazaría a nadie; para Mauritania sí sería un riesgo la presencia marroquí en Villa Cisneros o La Güera.

Las declaraciones revelan que Rabat desea una «autodeterminación» (!) de trámite para obtener el Sahara; como cuando la cesión de Irián por Holanda a Sukarno—dictador desaparecido—revistió la fórmula de que tras pasado el territorio, los nuevos amos organizaran el plebiscito. El lector puede figurarse cómo. Revelan que el rey cree y teme que el Sahara pueda ser un Estado por voluntad de su población, respetada por España; y que obligado a ceder por doquier—Tinduf, Yebilet, Chinguetti, etc.—, busca alguna compensación animado por las benevolencias españolas (zona jalifiana y Tánger, 1956; Tarfaya, 1958; Ifni, 1969). En definitiva, lo que de aquéllas

queda, como digno de tomarse en serio, es la necesidad de que España, fiel a su reiterado propósito, asuma la iniciativa y conduzca sin dilaciones a los saharauis a decidir su destino, con todas las garantías humanas que el experimento guineano ha revelado ser precisas, y dispuesta a respaldar una previsible voluntad de no dejarse «devorar» desde las vecindades.

El declarante quiso desanimar a los «inversionistas» en el Sahara, país hoy por hoy más seguro para el capital que el propio Marruecos. Y se refirió a la proyectada conferencia mediterránea, afectada por la «polución política» de las bases y fuerzas extramediterráneas: hace poco la oposición marroquí afirmaba que Marruecos alberga, y no gratuitamente, bases americanas. En fin, dijo algo sensato, aunque incompleto: que el estrecho de Gibraltar interesa por igual a España y a Marruecos. Incompleto, porque en el Estrecho está la colonia-base del Gibraltar inglés, sostenida con mano de obra y vituallas desde Tánger. Aún recordamos la «guerra de los seis días», cuando el boicot árabe contra la base sionista de Gibraltar fue quebrantado por las autoridades marroquíes. Diríase que ahora el desierto (común a los hechos y a las declaraciones) tiende a restar al mundo árabe un buen amigo.—España—sin procurar, en cambio, al Reino cherifiano las amistades que el Africa progresista les niega.

Lo que no pensó el monarca es que si llegata a ser realidad la muy problemática Federación Mogrebina, el Sahara pudiera ser en ella un miembro más, en igualdad de condiciones y con respeto a sus previos compromisos; por ejemplo, con España.

En definitiva, en Madrid huelga cualquier pasividad. Y en Rabat está sobrando la táctica de soportar a todo el mundo y pretender que España siga siendo un cómodo desquite, consolador o distractivo.

JOSÉ MARÍA CORDERO TORRES